

Crítica de Libros

PRESENTACION Y ENSEÑANZAS DE SCHREBER

**Daniel Paul Schreber - «Memorias de un Neurópata» - Ediciones Petrel
Buenos Aires - 1978**

La traducción de esta obra universal ofrece al lector, junto a la satisfacción de encontrarse ante un documento de belleza literaria y vibración humana infrecuente, la ocasión de tener en sus manos un libro de texto insustituible. Las «Memorias» de SCHREBER son un manual de psiquiatría, un libro de enseñanza modélica para quien sepa leer con mirada inquieta y algo trasversa, para el partidario de la enseñanza directa y, por tanto, ajena al bodrio profesoral.

Las «Memorias» de este delirante genial son capaces de instruir a los partidarios de todas las corrientes psiquiátricas. Al fenomenólogo le ofrecen un catálogo sintomatológico tan completo que puede satisfacer toda ansia descriptiva, colmándole de «voluptuosidad» schreberiana. Para el psicoanalítico la oportunidad de medir y acomodar el modelo, acumular y afilar la interpretación; pero también la ocasión de equivocarse para quien enjuicie, en la atención obsesiva a esta obra, la oportunidad de competir con FREUD, superarle enfrentados en un pulso neutral ante el mismo enfermo, en este caso un enfermo escrito, inmutable, indeleble y sin transferencia. Yerran porque los libros cambian, duermen llenos de vida y emociones propias, de imágenes y olores variables, y por ende de mutable transferencia. Para el sociopsiquiatra, para el denunciante y para quien se desvela ante la opresión, SCHREBER es un hito histórico. Su relato de las vejaciones manicomiales, la apelación memorable de sobreseimiento de interdicción ante la Corte Real de Dresde, y el apéndice, también incluido en esta edición, donde cuestiona: «¿Bajo qué condiciones una persona juzgada alienada puede ser mantenida en un establecimiento hospitalario contra su voluntad expresa?», serán siempre puntos de referencia para todo interesado en la defensa de los derechos civiles del enfermo mental.

SCHREBER escribe sus «Memorias» entre 1900 y 1902, el grueso de ellas en un breve plazo de ocho meses, de febrero a septiembre de 1900, tras siete años de evolución de su segundo episodio psicótico, en el momento de mayor madurez y éxito de su delirio. En 1903 las publica y certeramente anuncia que su «trabajo podría encontrarse entre las obras más interesantes que jamás hayan sido escritas por el hombre» (pág. 381).

La enseñanza de SCHREBER nos alcanza a todos. El psicótico nos enseña no sólo exteriorizando sus síntomas y ofreciéndose como objeto «in vivo», sino intentando indi-

carnos las claves para su entendimiento. Pero nuestra suficiencia nos ciega. El psicótico apela desesperadamente a que se le entienda, pero primero a que se le respete. En ello le va la vida. La primera petición de SCHREBER es de tolerancia. Al retornar a la vida ordinaria, al liberarse de la institución, nos dice, y justifica así la publicación de sus memorias: «por ello debo de dar a los que estarán cerca de mí una noción aproximada de mis ideas religiosas, para que, por lo menos, tengan una idea de la necesidad que imponen a mi conducta esas múltiples y aparentes rarezas, a falta de poderlas comprender plenamente» (pág. 21). La psiquiatría preventiva tiene ahí su prescripción primera: tolerancia.

Tras tolerar, comprender, segunda enseñanza. El psicótico precisa la sanción comprensiva del otro, aunque no completa y asfixiante, sino con la condena dubitativa del terapeuta. Intenta que aprendamos, y no hay que confundir este vital interés con el adoctrinamiento paranoico o la machacona testarudez en torno a la idea delirante, sino apreciar, con aguda lucidez, el sincero deseo de ser entendido en el delirio y más allá de él. FREUD resulta ahora ejemplar. SCHREBER seduce a FREUD con su mezcla de talento, elegancia y vehemencia. FREUD responde con altura y acepta el magisterio. FREUD escribe a JUNG (22-IV-1910): «...el maravilloso SCHREBER, al cual deberían haber nombrado profesor de psiquiatría y director de un centro psiquiátrico». FREUD lee a SCHREBER viajando por Sicilia en compañía de FERENCZI. El 1 de octubre de 1910 vuelve a escribir a JUNG cargado de greco-romano idealismo y homo-ferencziana transferencia y le comunica su decisión de incorporar en su vocabulario técnico algunas de las fórmulas del utillaje verbal schreberiano. Pero FREUD también se rinde. Turbado y avasallado por el «nervio» SCHREBER, como el dios del delirio se siente en peligro y capta lo que no puede tolerar, la anticipación y originalidad ajena. FREUD inquieto ante la «coincidencia singular» entre el delirio de SCHREBER y su teoría, decide recurrir a un testigo: «Pero uno de nuestros amigos, especialista en la materia, puede testimoniar de que nuestra teoría de la paranoia es muy anterior a la lectura del libro de SCHREBER» (o. c. T. II, pág. 692). Y ya en su mejor momento de identificación schreberiana, escribe, a continuación, aquella frase portentosa: «El porvenir decidirá si la teoría integra más delirio del que yo quisiera o el delirio más verdad de la que otros creen hoy posible». SCHREBER ya se había preguntado «si verdaderamente no es posible pensar que en la base de mi sistema delirante, como queda calificado para siempre, no haya tal vez algo de verdad» (pág. 382). A FREUD y a SCHREBER les separa un espejo.

SCHREBER consigue así el propósito de su tercera enseñanza, «un resultado y sólo uno: el de despertar en los médicos la duda y el de hacerles trabajar un poco la cabeza» (pág. 142).

SCHREBER hubiera gustado de una cuarta y última lección, enseñar a delirar. Empresa trabajosa, nada fácil y en absoluto al alcance de cualquiera, ni siquiera del psicótico. Si el síntoma es necesario, que sea un buen síntoma. Ante algunos psicóticos se vive, en ocasiones, la impresión de torpeza, de desacierto, de pobreza en su propia psicosis en tanto que psicosis. Sospecha cifrada en que si la alternativa es delirar o morir, se añora una escuela delirante, donde puedan educarse artesanos del delirio. Allí SCHREBER sería catedrático vitalicio. Porque SCHREBER es el compendio enciclopédico de los elementos básicos del delirio, y si, como se ha insistido, los SCHREBER son legión, es porque todo delirante tiene en él su reducción.

La fuerza creativa de SCHREBER es tal que obliga a olvidar que estamos ante un delirio y casi lo consigue. No se debe invocar, pese a ello, ni elogio de la locura ni negación del pathos, sino justa admiración ante el éxito jubiloso del delirio. Las características del discurso delirante, las más llamativas, en él casi se ocultan. Frente al trabajo inmediato y sin latencia entre concepción y expresión, ahí está SCHREBER ofreciendo un borrador que complete su obra y oriente al intérprete (pág. 197). Frente al carácter lineal,

horizontal, encebollado, que se complica progresivamente, sin admitir corrección y donde lo dicho, dicho está, ahí surge SCHREBER galvanizándonos, cuando en esfuerzo supremo es capaz de volver atrás y decir asombrado: ¿Cómo lograr conciliar este estado de hecho con mis impresiones anteriores, que aparentemente estaban a favor de puntos de vista totalmente divergentes? La dificultad persiste y debo confesar que me hallo ante un enigma no resuelto y, probablemente, imposible de resolver» (pág. 204). Imposible de resolver.

SCHREBER ha triunfado, pues su «legado de un enfermo de los nervios» ha adquirido la vigencia permanente de las grandes obras. SCHREBER traducido a múltiples idiomas, SCHREBER recordado entre los casos comentados, SCHREBER objeto de libros, sesiones clínicas, números monográficos... y adaptaciones teatrales. Un tinte de schreberomanía ha elevado las «Memorias» a la categoría de los libros exegéticos, condenado al glorioso destino del comentario microscópico. Escrito para sabuesos, SCHREBER tiene mil lecturas y en esta presentación insto a que cada cual no aplace la suya.

Fernando COLINA

LA TEORIA COMO FICCION

Maud Mannoni - Editorial Crítica - 1980

Maud MANNONI comienza su formación realizando estudios de psiquiatría y criminología en Bélgica. Asistirá, después, como discípula, a la consulta hospitalaria de Françoise DOLTO con quien hace su formación clínica en psicoanálisis infantil y tratamientos de niños psicóticos. Con Jacques LACAN llevará a cabo la elaboración teórica de su práctica. Actualmente, dirige una institución, Bonneil, para niños y adolescentes.

Este libro, último publicado por esta autora, es una elaboración que recoge sus años de experiencia clínica y teórica. De lectura fácil, en ningún momento cae en el amaneramiento estilístico que, por un fenómeno de mimetismo, está caracterizando a los seguidores de LACAN.

Se acerca con una pregunta a las diferentes cuestiones polémicas que se originan en el campo psicoanalítico: ¿Qué es lo que hace que uno se convierta en psicoanalista y en qué conocimientos se basa el que se permite la práctica del psicoanálisis?

Sitúa así dos discursos psicoanalíticos. El dialecto materno, lenguaje olvidado que el psicoanalista reencontrará en su análisis personal y le permitirá luego hablar con el paciente, y el discurso teórico respecto a un cierto saber cuya incorporación y transmisión no será ajeno en ningún momento al primero. Los conflictos surgidos de la articulación de ambos van a dar cuenta de la doble problemática del saber psicoanalítico y su transmisión.

Desde una perspectiva freudiana, comienza rastreando el origen de estos conflictos en la relación entre FREUD y sus primeros discípulos. En esa época, en que los analistas o no se analizaban o lo hacían durante poco tiempo, la transferencia, en forma de celos mutuos, rivalidades, etc. irrumpía y, en algunos casos, actuaba trágicamente. En otros aparecía como discrepancia —comienzo de la historia de las escisiones— o resistencias teóricas.

En cuanto a FREUD, él mismo tenía una doble relación respecto al saber:

- Con los que no sabían y le enseñaban los secretos del inconsciente: sus pacientes.
- Con los que sabían o pretendían saber, sus discípulos. En ese lugar, como jefe de escuela, se sentía amenazado por el saber de otros, y de esa forma aparecían sus propias resistencias.

Maud MANNONI sitúa entre estos dos ejes, transferencia y resistencia, lo que desde FREUD en adelante aparecerá encarnado y actuado como repeticiones de lo mismo que se

darán en la comunidad analítica. Toma como ejemplo la relación entre los analistas jóvenes y las instituciones — la cuestión de adaptarse al modelo de salud propuesto, los tribunales de selección de candidatos, el objetivo, ingresar en la institución, que en muchos casos determinará el comienzo de un análisis... ¿En qué forma actúa todo ello sobre la situación transferencial? ¿No se está orientando el curso de la asociación libre y en ese sentido pervirtiendo la regla fundamental? El análisis «en blanco» y el doble análisis serán algunos de los resultados de estas contradicciones. De señalar lo que podría considerarse las resistencias al análisis de los propios analistas y sus instituciones va a pasar a establecer las diferencias entre psiquiatría y psicoanálisis en un intento de encontrar una ética que le sea propia a este último. Recuerda MANNONI que mientras FREUD partió de su transferencia con CHARCOT y la identificación con los pacientes de éste, que será luego su instrumento fundamental en la clínica y en el progreso teórico, la psiquiatría propondría, por el contrario, la diferencia radical entre el loco y su psiquiatra y para ello le dotaría de un instrumento, las categorías nosográficas, al servicio de la segregación. Señala que FREUD «no pretendió rivalizar con la psiquiatría sino acentuar la diferencia entre ésta y la escucha del delirio». Un lugar destacado tiene en este libro el recorrido que hace por las diferentes escuelas en relación a las sociedades en las que están insertas. La asimilación del psicoanálisis por la psiquiatría en Estados Unidos cuya causa atribuye en gran parte a la exclusión de las instituciones del análisis profano (analistas no médicos), lo que para FREUD era «la última y más peligrosa de las resistencias que la sociedad ofrecía al psicoanálisis».

Recoge, asimismo, las consecuencias sobre el psicoanálisis de los períodos de fascización. En Alemania, donde la formación de los analistas es una tarea del Estado, el psicoanálisis «puesto, ingenuamente, al servicio de la higiene mental, la prevención y la psiquiatría, se ha enfrentado con los aparatos del Estado, los aparatos de represión y las llamadas buenas costumbres», o en Argentina, donde sólo es posible la práctica del psicoanálisis a cambio de no plantear la cuestión de la verdad. En este contexto, dice, «ni siquiera se puede hablar de formación de psicoanalistas. Estos últimos se hallan prisioneros en ritos de forclusión, en los que la teoría y la práctica se excluyen mutuamente».

La recuperación de la obra de WINNICOTT, el reconocimiento y la crítica a LACAN y sus seguidores, la cuestión del análisis de niños y el espacio dedicado a la psicosis, son otros temas que figuran en un libro cuyo resto son las preguntas que deja planteadas y que giran en torno a lo que queda por elaborar e interrogar en la obra de FREUD (en cada etapa de su vida y después de su muerte) y que han sido objeto de represión, forclusión o perversión.

María REDONDO

MAS ALLA DE LA SOCIOLOGIA: EL GRUPO DE DISCUSION: TEORIA Y CRITICA - Jesús Ibáñez - Ed. Siglo XXI - Madrid, 1979.

*«No hay ciencia del hombre
puesto que el hombre de la
ciencia no existe, sino
solamente su sujeto.»*

(Jacques LACAN, *Ecrits*, pág. 859)

Este libro de Jesús IBAÑEZ puede resultar desconcertante dado el lugar desde donde se escribe y de lo que se escribe.

Se escribe sobre una técnica: la del «grupo de discusión», pero tratase de una «técnica» si se quiere, muy especial. Es una técnica de investigación social, mas poco tiene que ver con las técnicas estadísticas al uso. En la encuesta estadística se indaga, se examina a los sujetos respecto a unas normas discursivas establecidas desde fuera y mediante las cuales los individuos son distribuidos en el espacio euclidiano de un Poder Uniforme y teofánico. Por el contrario, con la técnica del «grupo de discusión» se indaga en las formas de emergencia del discurso en el ámbito del sentido. Los individuos no son disciplinados «manu militari» sino que en el proceso discursivo del grupo acoplan su complejidad energética e informativa en un espacio de dominación (seguramente el único espacio social pensable) que cobra, sin embargo, un carácter especular (y por ende narcisista) al establecerse como producción de sentido cuya condición de posibilidad exige que sea una reproducción de sentido. Pero, de la misma forma que el capitalista se considera organizador de la producción de mercancías y no reproductor o agente de la reproducción de determinadas relaciones sociales, de forma similar el grupo, el proceso de acoplamiento grupal, pretende la producción de un sentido que no es más que la reproducción de la Unidad Social del Sentido y aquí justamente reside su valor «técnico», al ser herramienta de trabajo para el Poder que recupera y recompone así todas las «asimetrías» del sentido. Por medio de esta técnica de investigación se reproduce la Unidad Social del Sentido desde el análisis puramente discursivo de las condiciones de posibilidad que establecen lo dicho como un hecho de sentido en sí mismo. La propia «subjetividad» del investigador adquiere así una relevancia que no tiene en la investigación estadística; el sujeto analista oye, entiende e interpreta. Oye y entiende de resonancias, pero la razón del análisis no va más allá del texto, de lo que el grupo dice,

atendiendo a las condiciones puramente discursivas de lo que se dice, lo cual termina por descolocar al analista tanto respecto al grupo como en relación al Poder que lo contrata. No es, por tanto, gratuito que ese tipo de investigadores sean algo «extraños», cierta marginación les caracteriza que procede de su propia «neutralidad»; ni es uno ni otro, ni el grupo ni el Poder, actúa como encarnación del Poder ante el grupo pero es simplemente un súbdito en el mercado del trabajo y del sentido.

Por eso iniciaba esta reseña diciendo que el libro de Jesús IBÁÑEZ resulta algo desconcertante y extraño por ser quien lo escribe un aventajado jefe de fila de este tipo de investigación.

Por primera vez, esta técnica sale a la luz y es explicada en toda su sinuosa complejidad. El lector puede encontrar aquí todo lo referente a la misma, en todos los detalles: cómo se eligen los grupos, cómo funcionan los grupos, por qué es necesariamente una técnica grupal, cómo colocar la mesa y las sillas, el lugar fundante del prescriptor del grupo, etc.

Pero una técnica no surge por generación espontánea sino que son las formaciones sociales las que producen sus técnicas de investigación. De esto habla largo y tendido Jesús IBÁÑEZ para llevarnos a la conclusión de que el capitalismo del consumo, razón del texto publicitario, caracterizado por una discursividad «ilimitada» en oposición a lo litúrgico-jurídico, es, al mismo tiempo, la razón última de esta técnica.

El analista tendrá que echar mano a todo y a nada: la lingüística, la antropología, el psicoanálisis, la semiología; se arropará con lo que pueda para simplemente escuchar; saber oír es el requisito primero y fundamental de todo buen investigador.

Por eso, no debe sorprendernos ver a IBÁÑEZ recorrer los intersticios de la filosofía, de la lingüística, del psicoanálisis, etc., en un recorrido a través de su propia «subjetividad» de sujeto analista. Libro en este sentido subjetivo, es por ello un libro **abierto** que, lejos de atarse a un saber disciplinario (imposible en este campo y de ahí la escasez de «investigadores» al respecto) se erige contra todo saber disciplinario. La abertura ha de ser tomada al pie de la letra, no como eclecticismo sino como imposibilidad de cierre (GOEDEL).

La empresa de IBÁÑEZ, pues, se diferencia de los saberes disciplinarios, ya que los campos del saber se establecen como vallas, como alambradas que clausuran un territorio, vallas que nada tienen que ver con el verdadero límite que es una abertura. Los saberes disciplinarios sólo entienden de contenidos no de significantes, tachaduras, vacíos o anulaciones; son «buenas teorías» estables y bien engarzadas, dispuestas para ser perfecta y adecuadamente enseñables. Pero IBÁÑEZ (y en este sentido se asemeja a la empresa psicoanalítica) no se propone dogmatizar nada ni establecer nada porque si se trata de los límites, de los vacíos y anulaciones que hacen irreductible el sujeto al yo del enunciado, entonces ha roto las vallas y las alambradas.

No es, por tanto, gratuito que este libro de Jesús IBÁÑEZ adquiera las características de un saber enciclopédico. Pero que quede claro: por asombroso que pueda parecer, cuando IBÁÑEZ recorre los textos de FREUD, MARX, LACAN, SERRES, DERRIDA, FOUCAULT, SAUSSURE, HJEMSLEV, CHOMSKY, etc., no lo hace en función de la cita, de un saber sólo en el que reconocerse o de un referente «superyoico» con el que «epatar», sino por razón de su propósito de ruptura de disciplinas; citando a SERRES (con quien pienso que IBÁÑEZ tiene mucho en común), podemos decir que el lugar del sabio no es el lugar del especialista sino el lugar universalizante de las encrucijadas de HERMES, los lugares del paso y la comunicación, esos lugares-encrucijadas, en los que se establecen los intercambios simbólicos o, como se podría decir recogiendo una idea de FREUD, esos lugares fronterizos en los que los contrabandistas simulan las mercancías, en los que el significante cambia de ropaje (el «error-errar» heideggeriano: el error pertenece a la constitución del «Da-sein», al ex-istir que es un errar).

Me parece francamente excelente el análisis que hace IBAÑEZ de la posición del investigador en ese cruce de discursos, que siempre supone la llamada investigación «cualitativa». Posición de huida y recuperación discursiva y existencial, lo que con necesaria frecuencia produce una incomodidad, mala conciencia de un investigador cuyo laboratorio está situado en medio del circuito de producción y trueque de signos, neutralidad artificiosa y, por tanto, imposible, que obliga al investigador al distanciamiento y a la ironía, pero no (quizá desgraciadamente considerada la cuestión desde la ironía) a la ineficacia. Al investigador se le quita todo poder y se le permite toda lucidez.

A modo de resumen, yo diría que el trabajo de IBAÑEZ tiene que ver con lo que LEVI-STRAUSS ha llamado a propósito del pensamiento mítico «bricolage intelectual». Da LEVI-STRAUSS una definición del «bricolage» que va del movimiento incidente (pelota que rebota, caballo que se aparta para evitar un obstáculo, perro que divaga) al «bricoleur» que trabaja con sus manos a partir de trozos, fragmentos de obra, etc. y sin tener una mira, como hace el ingeniero (sustituyamos en este caso ingeniero por sociólogo), socio-técnica. El «bricoleur» no tiene proyectos preestablecidos, se basta con los medios que tiene a su alcance y, por ende, los resultados son brillantes e imprevisibles, justamente por contingentes. No hay, pues, proyecto previo, el «bricoleur» es creativo porque trabaja con restos y siempre contra el saber disciplinario e «ingenieril»; digamos que de la misma forma que utiliza cosas o restos de obra, heteróclitos, también hace lo mismo con el saber, lo «utiliza» a trozos o como trozos, indaga intersticialmente y así nos descubre lo que justamente el saber disciplinario estaba destinado a ocultar. El «bricoleur» rompe la dependencia entre el precepto y el concepto, por utilizar los términos de LEVI-STRAUSS, lo que supone que opera más por medio de signos o de significantes que de significados preestablecidos por un centro focal (sea Dios, el Yo o la conciencia husserliana). El concepto quisiera doblar y ser transparente a la realidad (aquí el carácter imaginario del saber), el significante retiene como subjetividad la Verdad de lo imposible, algo así como el exilio existencial del hombre respecto a la Naturaleza.

No es que el «bricolage» sea un saber en miniatura o un saber menor, tiene que ver, sin duda, con el saber, pero rompe, lo diré así, su preceptiva, retomando la materialidad del significante allí donde el saber había establecido una transparencia especular.

Diré, además, que el «bricoleur» establece un «**dia-logo**» donde el sociólogo, representante del Poder, establece un **proyecto**. El diálogo socrático, por ejemplo, no es un mero intercambio de mensajes sino que interpela y designa con ello la inadecuación y la in-subsistencia **intrasubjetiva**. Dialogar no es imaginar sino indicar la Falta en lo imaginario, la «desnudez» del sujeto ante lo Real. De ahí el estilo de la escritura de IBAÑEZ.

El «bricolage», dice LEVI-STRAUSS, es del orden del acontecimiento. De ahí que el mito, digámoslo de pasada, sea una historia, el relato (Sage) de una vuelta (Kehre) dentro de la historia del ser, por decirlo en términos heideggerianos. El tiempo del relato es la «diastema», la separación suspendida y, por tanto, repetitiva. El error de historicismo no es, o no es sólo, su concepción idealista del sujeto convergente, sino también y quizá más específicamente, considerar que es lo anterior lo que explica lo posterior, desconociendo así la compulsión de repetición, manifestación de la pulsión de muerte, «obsesión orgánica de repetición» la llamó FREUD para así dar cuenta de lo que en el corazón de lo vivo y de la cultura insiste como su límite que no es otro que la muerte. Esto es lo que da al mito su aspecto sobrecogedor, y a toda obra de arte habría que añadir.

Ahora bien, como también hizo notar LEVI-STRAUSS, el «bricolage» también consiste en elaborar conjuntos estructurados, pero no los elabora con otros conjuntos estructurados, «sino utilizando residuos y restos de acontecimientos...». Desde el punto de vista del texto arruina literalmente los textos, para descubrir entre ellos otras relacio-

nes, de forma que con esas ruinas establece un orden que sólo permanece en el acto (práctica) de su establecimiento. Es la paradoja de FREGE, un hurgar en la fisura entre la enunciación y el enunciado, entre el yo del enunciado y el yo de la enunciación, fisura, lugar de la **resistencia** del sujeto, que **se anula** al establecerse, recuperado (permítase la expresión) en una actividad no metalingüística (ya que el metalenguaje no existe) sino en una actividad en la que los vacíos, los límites y las diferencias no se ocultan en el bucle de una «bella teoría». LEVI-STRAUSS expresará esto diciendo que «la relación entre la diacronía y la sincronía ha sido invertida: el pensamiento mítico, ese bricoleur, elabora estructuras disponiendo acontecimientos o más bien residuos de acontecimientos...».

En este sentido se puede decir que el trabajo de IBAÑEZ es el de un «bricoleur» que trabaja no para una unidad de transparencia de sentido sino para establecer un texto en el que el acontecimiento esté al menos indicado. No es pues un libro de **predicación** (tómese este término como se tome, desde el púlpito o la cátedra) sino del «Lichtung» del ser. De ahí que nos hable de la falacia de «la liberación por la palabra o los grupos. Ser revolucionario —persistir en una rebeldía permanente contra la opresión— exige ir más allá de la sociología, más allá de las dicotomías —bueno/malo, verdad/error— que la fundan: plantear con radicalidad las preguntas sobre el origen».

Finalmente diré que este libro, dado su carácter de encrucijada y de abertura, abre todos los interrogantes incluso más de una disensión, pero esto no quita su interés.

Así, por ejemplo, uno no deja de mantener sus distancias respecto a una incorporación demasiado literal de la concepción de BAUDRILLARD sobre el capitalismo de consumo que aparecería regulado por la «ley estructural del valor» según la cual todo es traducido en signo. La contraposición entre capitalismo de producción y capitalismo de consumo a nosotros nos parece bastante simple y en este otro aspecto discutible: la eliminación del «concepto» de contradicción que MARX incorpora críticamente de HEGEL y que es categoría fundamental para comprender lo que MARX entiende por relaciones sociales de producción o, si se quiere, pura y simplemente **reproducción**, categoría ésta ausente de BAUDRILLARD y de IBAÑEZ. Lástima que en esto haya preferido seguir a BAUDRILLARD en vez de enfrentar una lectura abierta, libre y original de El Capital que le hubiera liberado de cierto reduccionismo sociologista en esta parte.

Las influencias de los ideólogos post-mayistas (ideólogos de esa especie de energétismo indiferenciado, como, por ejemplo, LYOTARD) lleva también a IBAÑEZ a consideraciones tales como la escisión entre «signo» y «valor» (en el propio hecho comunicativo) sin de forma abierta llegar a afrontar lo que para mí es el problema principal: las formas de relación entre significante y significado y, en consecuencia, la cuestión de la progeneración de lo eidético y de una posible lógica de la significante entrevista por LACAN.

En el campo psicoanalítico ese intento de llevar por delante a M. KLEIN y LACAN juntos, a veces chirría. El fantasma, por ejemplo (disentiré en esto de Jesús IBAÑEZ), no es nunca un representante del objeto sino la puesta en escena del deseo que el Otro garantiza, por lo que podemos decir con LACAN que es el sostén del deseo no su representante y, en consecuencia, tampoco cabría decir en rigor que la matriz del deseo sea la pérdida del seno, que si en efecto adquiere su «objetividad» de objeto en cuanto perdido, tal pérdida remite a un extravío radical de la libido como puro instinto de vida, simple e indestructible; todo objeto deja de ser correlato de la pulsión, he aquí el sentido de la anotación lacaniana sobre el objeto (a), objetos (a) que no son más que sustituciones, figuras o representaciones de ese extravío o pérdida original y profunda, doble cara de la pulsión, de vida y de muerte, sometida a la reproducción sexual; de vida libidinal que en cuanto se pierde se conserva la vida (límite pulsional) y de muerte en cuanto que se pierde lo que siendo vida si no se perdiese sería muerte. Es, en definitiva,

la doble faz del narcisismo magistralmente analizada por FREUD en «Introducción al narcisismo».

También sería de interés una confrontación, desde el punto de vista **psicoanalítico**, sobre la teoría del grupo, donde IBÁÑEZ, a pesar de su apoyatura en él a veces confuso y ambiguo libro de KÄES. lo supera en profundidad, rigor y lucidez; apoyatura que, sin embargo, le hace dejar por el camino afirmaciones o expresiones tales como «el inconsciente está estructurado como un grupo», «el aparato psíquico grupal», «el grupo es un sueño», etc., afirmaciones fracamente sorprendentes y que señalan en KÄES un notable desconocimiento de lo que habla si como psicoanalista pretende hablar.

Todo el mundo es libre, claro está, de ser o dejar de ser kleiniano, pero pienso que difícilmente puede el evolucionismo genetista kleiniano tener cabida en un texto que habla del **significante** y que se suspende sobre lo imaginario como si planease sobre ello. El discurso «psicótico» supo contarnos, con indudable agudeza lo que encierra la metáfora delirante, esa especie de cascada de lo imaginario (LACAN) en busca de recomposición, pero nunca consiguió dar cuenta de lo simbólico, lo que le llevó a demasiados puntos ciegos, el principal de todos el paralelismo empirista entre la fantasía, de orden mental, y el **instinto** (sic), de orden biológico u orgánico. ¿Cómo podría establecerse un orden a partir del caos?, preguntaba con razón LACAN a los kleinianos. En la relación madre-hijo FREUD introduce un tercer término, el Fallo (el objeto de la castración); pues bien, considero que los kleinianos nunca consiguieron desembarazarse de una concepción del Fallo como fantasía-órgano; no consiguieron, en suma, descubrir que el Fallo es un **significante** y, como tal, debe ser considerado.

Sirvan estas notas para indicar que este libro no está hecho para el asentimiento sino, en todo caso, para la discusión, pero es una buena invitación a pensar críticamente y desde una posición anti-disciplinaria.

Este libro no es un libro para sociólogos o no es un libro sólo para sociólogos sino que merece ser leído por filósofos, lingüistas, psicoanalistas y por todo aquel a quien atraiga la tarea del pensamiento.

Francisco PEREÑA GARCIA

LA SEXUALIDAD - Jean Laplanche

Es este el segundo volumen que se publica en español (el primero fue «La angustia en la neurosis») de una serie que reúne el trabajo de enseñanza que realiza Jean LAPLANCHE en la Unité d'enseignement et de Recherche de Sciences Humaines Cliniques, de la Universidad de París, de la que es director del Laboratorio de Psicoanálisis y de Psicopatología.

En la larga introducción se pregunta LAPLANCHE por el problema que dicha función docente le plantea y que él llama difícil apuesta. ¿Puede un analista enseñar el psicoanálisis? Y por enseñar entiende hacerlo fuera de la situación analítica. ¿Se puede aprender algo de psicoanálisis si no se hace a través de la experiencia analítica?

El problema se puede debatir mucho, pero los hechos son claros: el psicoanálisis está en todas partes, en todo público, en la cultura, en los medios de difusión, en la avalancha de publicaciones psicoanalíticas. Y más, se imparte como enseñanza en numerosos centros universitarios. Frente a la paradoja que se le presenta así de enseñar psicoanálisis sin poder impartir la formación psicoanalítica —que sea cual fuere la escuela que la administra tiene por piedra angular el psicoanálisis personal— propone el autor las que él considera como condiciones para que toda enseñanza sea psicoanalítica en su modalidad misma.

Que sea HISTORICA, no en el sentido lineal sino al modo histórico psicoanalítico, utilizando lo que sabemos de la repetición, del resurgimiento incesante de inconsciente y, sobre todo, de los conceptos freudianos de demasiado pronto, demasiado tarde y de retroactivo (Nächträglichkeit).

Que sea INTERPRETATIVA. La idea es de que para poder interpretar un texto de FREUD, es necesario utilizar algo del propio descubrimiento freudiano sobre la interpretación. De otro modo también se haría una interpretación (siempre) y sería seguramente más oscurantista. La exigencia teórica de esta interpretación del texto sería algo así como «el embajador del deseo en la lectura».

Tercera condición: la referencia a la ESTRUCTURA de la obra freudiana, donde los elementos remiten unos a otros, y antes y después en el tiempo de la evolución del propio FREUD.

Es así, que dentro de esta exigencia de sistematización, LAPLANCHE va a intentar desplegar el tema de la sexualidad, del que hace un seguimiento riguroso a lo largo del pensamiento de FREUD y van apareciendo entonces conceptos de jerarquía muy nítida como, por ejemplo, el de que desde el principio al fin de la obra de FREUD la sexualidad es lo reprimido fundamental, incluso LO UNICO que se reprime. Interesante asevera-

ción ésta para preguntarse, por ejemplo, por la agresión reprimida. ¿Si se reprime, es sólo por lo que lleva de sexualidad oculta?

O bien el hecho de que la angustia sería solamente excitación sexual no elaborada. Elaboración psíquica sería lo mismo que simbolización.

Para Jean LAPLANCHE, la primacía de la sexualidad en psicoanálisis es la primacía de un hecho, de un descubrimiento y no la primacía de una teoría.

Así es descubrimiento su vigencia clave en los cuadros de la histeria, y desde allí comienza este descubrimiento a ser cimiento de los orígenes del psicoanálisis.

Los conocidos historiales de Anna O. y de Isabel Von R. son repasados de una forma que ilumina la eficacia de lo sexual y, sobre todo, de una DIALECTICA TEMPORAL propia de la sexualidad. Experiencias o impresiones más o menos sexuales permanecen indiferentes durante largos períodos (¿por haber llegado demasiado pronto?) Y luego son modificadas en función de nuevas experiencias o acceso a diferente desarrollo. Entonces, y sólo entonces, adquieren a la par que nuevo sentido eficacia psíquica capaz de generar síntomas o rasgos de carácter. Este concepto de retroactividad (nächträglichkeit) es muy enfatizado por LAPLANCHE, acaso reprochando un cierto olvido que se ha hecho de él. FREUD lo menciona en gran parte de su obra (ya CHARCOT hablaba de «incubación» de tiempo entre el trauma y la aparición del síntoma). El historial clínico en «El Hombre de los Lobos» no se entendería en absoluto sin él.

El énfasis es justo. Con él o se evita la reducción del psicoanálisis a un determinismo lineal que sólo se ocuparía de la acción del pasado sobre el presente. Ciertos desarrollos han acentuado esta tendencia, yendo en la búsqueda de determinaciones cada vez más atrás, incluso a la vida intrauterina.

Y decididamente lo más profundo no es lo más antiguo. Lo más antiguo (un recuerdo) sólo «a posteriori», retroactivamente, puede llegar a convertirse en trauma. Pero el trauma no está en ninguna parte, no está ni en la primera escena, ni en segundo acontecimiento, está en el espacio entre ambos, o en el juego entre los dos.

La evolución de la sexualidad, con sus desfases cronológicos, favorece notablemente el hecho de la retroactividad. Y lo que se elabora retroactivamente no es todo lo que se vive, sino aquello que cuando se vivió, no pudo integrarse con plena significación debido al «demasiado pronto» de la etapa sexual en cuestión.

Con esta misma herramienta conceptual, trabaja luego, en el capítulo 3, el problema de la seducción, que queda así enriquecida de forma atractiva, al ser liberada del empirismo simple que sería la idea del niño-víctima o de la ambigüedad que resulta de darle prevalencia a la pura fantasía del niño.

Tres capítulos del libro están dedicados a cada uno de los «Tres Ensayos de Teoría Sexual», de FREUD.

Sugiere LAPLANCHE una paráfrasis, una propuesta de subtítulos de los ensayos, que expresan su interpretación del clásico trabajo freudiano. «El Instinto Perdido», «La Pulsión» y «El Instinto Reencontrado» titularían respectivamente «Las Aberraciones Sexuales», «La Sexualidad Infantil» y «La Metamorfosis de la Pubertad».

La tesis es de que a lo largo de todo el trabajo, el proyecto de FREUD es el destruir la idea de que en el hombre exista un instinto sexual (instinto en el sentido que usaba FREUD cuando escribía Instinkt y que era para calificar un comportamiento animal, característico de la especie, fijado a la herencia preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto), y reemplazarlo por la pulsión, lo que FREUD expresaba cuando decía Trieb (lamentablemente muchos autores han usado indistintamente los términos, lo que falsearía el concepto) pulsión en cuyo significado ahonda FREUD, demostrando que el objeto de la pulsión es variable y contingente, y elegido en su forma definitiva en función de la historia del sujeto, los fines son múltiples y fragmentados y que el final,

en la integración del coito heterosexual no viene garantizado por la maduración biológica.

Lo de instinto reencontrado (o quizá imitado) es en el sentido de que, pese a todo lo anterior, LAPLANCHE parece reconocer algo que en el ser humano fija la pulsión, que le da cierto carácter regular estereotipado y que en rigor se parece al instinto animal.

El libro culmina con un capítulo en el que se insiste en la función definitiva del complejo de Edipo y la castración como estructurante final de una sexualidad que comenzó fragmentada, y en la que introduce vectores con relación al objeto, a la genitalidad y a las identificaciones.

Pero este quizá sea más tema de otro libro que capítulo de éste, que sí despliega el problema de la sexualidad en psicoanálisis sugiriendo abundantes interrogaciones, con lo cual tal vez logra su propósito didáctico anunciado al principio.

Enrique MORENO

**EL ORDEN PSIQUIATRICO - Robert Castel - Ediciones La Piqueta
Madrid, 1980 - Colección «La Genealogía del Poder», dirigida por Julia Varela
y Fernando Alvarez Uría**

En el mismo origen de la legalidad capitalista, en los años constituyentes de la Revolución Francesa, el nuevo orden social encuentra irreductible la locura a las normas que la clase dominante, la burguesía, impone: la soberanía y la capacidad jurídica del ciudadano, libre circulación de personas y mercancías, solvencia contractual. El loco no puede entrar en el circuito reglamentado de los intercambios. Más aún, supuestamente irresponsable, no es sujeto de derecho y escapa a la pura imposición de la ley.

Se hace preciso un marco no jurídico que legalice la situación: el estatuto del enajenado, la tutela médica y el manicomio van a cubrir ese vacío, esa falla en el control social.

CASTEL estudia, siguiendo los pasos de FOUCAULT en su «Historia de la Locura en la época clásica», el proceso de elaboración de «la ley de 1838 sobre alienados» que instaura la tutela médica del enfermo mental y habilita el espacio preciso para esa tutela: el manicomio. Los médicos, desde PINEL y ESQUIROL, racionalizan y teorizan sobre la exclusión: nace la psiquiatría como nueva ciencia. Con el tratamiento moral, el encierro es condición de posibilidad, no un mal necesario de toda terapéutica. El «hay que» ocultar a los locos que decía MIRABEAU, se convierte con PINEL en un categórico «se debe». Desde entonces, el paradigma del internamiento va a dominar toda la medicina mental durante siglo y medio.

CASTEL expone en este trabajo el desarrollo de la psiquiatría a lo largo del siglo XIX, partiendo de esta ley de 1838 y poniendo de manifiesto la función de control social que el Poder confiere a la Institución psiquiátrica. Además, en el último capítulo esboza una crítica —que ampliará en otros trabajos posteriores: «La sociedad psiquiátrica avanzada», entre otros— sobre las nuevas formas de atención psiquiátrica que se inician en Europa y U.S.A. después de la Segunda Guerra Mundial, deteniéndose especialmente en la sectorización francesa y alertándonos sobre los riesgos de estas supuestas alternativas a la psiquiatría asilar: «...del paradigma del internamiento al intervencionismo generalizado, del vigoroso paternalismo a la violencia simbólica de la interpretación». Es decir, nos habla de esa otra enajenación, ya descrita por FOUCAULT, producida por el saber que viene a añadirse a la exclusión, a la marginación y a la propia alienación de la locura. O, en otras palabras, nos plantea la cuestión de los especialistas y de su condición psiquiatrizadora. Tema de especial interés, de absoluta actualidad en nuestro país,

pues importa empezar a estudiar y debatir los límites y la función de la psiquiatría, en un momento en el que parece inaplazable un reordenamiento de su estructura asistencial.

De todas formas, a mi juicio, lo más valioso de este libro es el minucioso estudio histórico de la génesis de la ley de 1838, acto fundacional a nivel jurídico-administrativo, sin duda, de la psiquiatría.

M. DESVIAT